

## **De Richard Nixon a Donald Trump: en defensa de “la mayoría silenciosa”**

Dra. M. Graciela Abarca (IESLV “JRF”- UBA - USAL - UA)

A lo largo de la campaña presidencial de 2016, un número de analistas ha afirmado que Donald Trump “plagia” las estrategias utilizadas por Richard Nixon a fines de la década de 1960. En noviembre de 1969, siendo ya presidente de los EE.UU., Nixon instaba a “la gran mayoría silenciosa de compatriotas estadounidenses” a continuar apoyando el accionar de su administración en el Sudeste asiático. Desde el punto de vista de Nixon, una minoría radicalizada –los que luchaban por los derechos civiles, los “hippies”, los estudiantes militantes, y cualquiera que estuviera en contra de la intervención militar en Vietnam– estaba socavando a la nación desde adentro. A fin de que Estados Unidos tuviera éxito en su política doméstica y en su política exterior, “la mayoría silenciosa” debía actuar en defensa de los “verdaderos” valores estadounidenses. Al menos por un tiempo, la estrategia funcionó: el índice de aprobación del presidente subió aproximadamente treinta puntos.

En 2016, durante meses, Donald Trump ha distribuido pancartas con la frase “La mayoría silenciosa apoya a Trump” y podría concluirse que, en gran medida, su gran apuesta es llegar a la Casa Blanca enarbolando las banderas de esos “estadounidenses olvidados”, otra frase muy utilizada por Nixon durante sus campañas presidenciales. ¿Qué factores contribuyeron a que la estrategia utilizada por Nixon en 1968 volviera a funcionar para Donald Trump casi 50 años más tarde? ¿Qué errores ha cometido el partido Demócrata? ¿Cuáles han sido los contextos socio-políticos y económicos en los cuales la “mayoría silenciosa” se volvió clave?

En 1969, los periodistas británicos Lewis Chester, Godfrey Hodgson y Bruce Page llevaron a cabo un estudio exhaustivo de la campaña previa a las elecciones presidenciales de 1968, que intitularon *An American Melodrama*. “Melodrama” se define como “una obra que se caracteriza por centrarse en un incidente sensacionalista y violento, que apela a las emociones, pero que tiene un final feliz” (Chester et. al.1969: iii). Los sucesos que tuvieron lugar en 1968 no tenían precedente: Lyndon B. Johnson retiraba su candidatura a la reelección; Robert Kennedy, su más amargo rival, era asesinado; Martin Luther King, Jr., el

líder negro más influyente también tenía una muerte violenta y George Wallace, un candidato racista de Alabama y miembro de un tercer partido acumulaba éxitos. El partido Demócrata se disgregaba como resultado de opiniones disidentes en torno a la guerra de Vietnam y la clase trabajadora se alejaba del partido que la había representado durante casi 30 años. Pero, ¿tuvo 1968 un “final feliz” como todo “melodrama”? ¿O quizás sea más apropiado simplemente referirnos a ese año como “el año de las barricadas”? (Cauter: 1988)

Los sucesos que tuvieron lugar durante 1968 marcaron un giro en la historia de los Estados Unidos y sacudieron los cimientos de la alianza entre los Demócratas y los sindicatos industriales que había sustentado a lo largo de treinta años el orden político establecido por el Nuevo Trato de Franklin D. Roosevelt. Dicha coalición contaba entre sus miembros con ciudadanos de procedencias tan diversas como sureños, católicos de diferentes etnias en el noreste y centro oeste del país, afro-estadounidenses, judíos de clase media baja, afiliados a los sindicatos y obreros industriales. Desde mediados de la década de 1930, la alianza forjada por los demócratas y los líderes sindicales progresistas había obtenido para los trabajadores estadounidenses mejores ingresos, mayor seguridad económica, protección en caso de accidente o enfermedad, y un espectro de oportunidades educativas más amplio.

La campaña electoral de 1968 representó un verdadero desafío para el sindicalismo estadounidense. La guerra en el Sudeste asiático produjo un pronunciado distanciamiento entre los líderes sindicales y los afiliados. La debacle que tuvo lugar en Chicago durante la convención del partido Demócrata contribuyó a acentuar las diferencias irreconciliables entre los que defendían una postura antibelicista y George Meany, el presidente de la Federación Americana del Trabajo – Congreso de las Organizaciones Industriales (AFL-CIO, por sus siglas en inglés), que los tildaba de “manifestantes de boca sucia y cuello sucio” (Weschler, 1968: 27). Más aun, George Wallace, el racista ex gobernador de Alabama, y Nixon, candidato conservador por el partido Republicano, intentaban ganar el voto de los trabajadores y todo parecía indicar que estaban logrando su cometido.

Ambos candidatos hicieron de “la ley y el orden” el centro de su campaña. Esta frase había adquirido varios significados: abarcaba desde la oposición a la delincuencia en

las calles y la violencia en los guetos, hasta el rechazo a las protestas por promesas no cumplidas, los barrios marginales, la lucha por la abolición de la segregación racial en las escuelas y la guerra contra la pobreza. Algunos observadores argüían que los trabajadores estadounidenses, que estaban supuestamente más preocupados por las cuestiones sociales, se sentían atraídos por la propuesta a favor de “la ley y el orden” de Wallace y Nixon. Con el propósito de impedir el posible triunfo conservador y así preservar la alianza que en las tres décadas anteriores había incrementado sustancialmente el poder económico y político de los trabajadores organizados, los líderes sindicales trabajaron sin descanso a favor de la candidatura del vicepresidente Hubert H. Humphrey. Sin embargo, en un contexto socio-económico adverso, los esfuerzos de los demócratas no fueron suficientes y Nixon logró llegar a la Casa Blanca.

Como lo afirma Kevin Boyle, “el gobierno de Johnson nunca fue más allá de su preocupación por las clases marginadas para así hacer frente a los problemas que aquejaban a la clase trabajadora en su conjunto” (Boyle, 1998: 230). Hacia fines de la década de 1960, una economía tambaleante comenzaba a dejar ver la fragilidad de los cimientos que sostenían la seguridad económica que los trabajadores habían obtenido en la época de la posguerra. Cada vez eran más los trabajadores blancos que creían que los programas de la Gran Sociedad se estaban llevando su dinero sin beneficiarlos. La mayoría pensaba que a los demócratas progresistas no les preocupaban los intereses y necesidades de estos trabajadores, ya que el debate político sólo se centraba en el problema racial o en las demandas de los movimientos liderados por la clase media: los derechos de la mujer y de los homosexuales, y la protección ambiental. Parecía ser que los trabajadores, disconformes con los planes sociales de LBJ, estaban dándole la espalda al presidente y, en consecuencia, debilitando seriamente la coalición demócrata. Nixon y Wallace orientarían sus respectivas campañas presidenciales de 1968 a un electorado al que veían volcándose a la derecha. Si bien los trabajadores no habían cambiado su ideología de la noche a la mañana, en 1968, dado que “la fórmula del Nuevo Trato” no estaba resolviendo sus problemas, sus votos estaban a la espera de ser conquistados.

Los republicanos, por su parte, entraron a la carrera electoral de 1968 con la campaña mejor financiada y dirigida en años. La estrategia de Nixon consistió en presentarse como el unificador del GOP (*Grand Old Party*: el Gran Partido Republicano).

A lo largo de su campaña, Nixon apeló hábilmente al “norteamericano medio” quien, según sostenía, estaba descontento con el exceso de protestas en contra de la guerra y la violencia en los guetos, cansado de la guerra de Vietnam, desilusionado con los resultados de los programas de la Gran Sociedad y disconforme con el deterioro de la economía. En el discurso de aceptación de la nominación como candidato a la presidencia por el partido Republicano, Nixon expresó:

En tiempos en los que el esfuerzo nacional se centra en los desempleados, los empobrecidos y los desposeídos, los trabajadores estadounidenses se han convertido en ciudadanos olvidados. En tiempos en los que los podios y foros han pasado a manos de “gritones” y manifestantes, ellos se han convertido en norteamericanos silenciosos. No obstante, son víctimas de una injusticia que debería rectificarse y defienden una causa justa que prevalecerá (Wills, 1970: 287).

En 1968, también George Wallace se propuso satisfacer las necesidades de “los norteamericanos olvidados”, pero como candidato de un tercer partido, su estrategia era mucho menos sofisticada que la de Nixon. Los críticos consideraban la campaña de Wallace por el partido norteamericano Independiente una “caricatura de humor negro” y a Wallace un demagogo sureño de la vieja escuela. En sus discursos, el ex gobernador de Alabama solía utilizar latiguillos como “la ley y el orden”, “los derechos del Estado”, “derechos de propiedad” y “apoyo a las fuerzas policiales” que apelaban a las frustraciones de sus electores blancos (*Newsweek*, 1968:19). Si bien muchos de sus oponentes políticos desecharon las burdas simplificaciones de Wallace, el público respondió no sólo con risas divertidas, sino también asintiendo con la cabeza en complicidad. No quedaban dudas de que el partido norteamericano Independiente era capaz de encontrar un apoyo significativo en el sureste del país. No obstante, Wallace estaba resuelto a menoscabar los votos a favor del partido Demócrata de la clase obrera blanca en los distritos electorales de los estados industriales del norte del país.

Los resultados de las elecciones de 1968 brindaron a los analistas abundante material de estudio. Nixon ganó por un margen extremadamente pequeño: el 43.4 % de los votos fueron para Nixon en comparación con el 43% obtenido por Humphrey. Wallace recibió el voto del 13,6% del electorado, un porcentaje muy inferior al 20% alcanzado en su apogeo. En *The Emerging Republican Majority* (1969), Kevin Phillips, un ex asesor de

campaña de Nixon, sostuvo que grandes segmentos de la clase trabajadora y de la clase media blanca habían reaccionado agresivamente a las políticas de la Gran Sociedad de Johnson. Las cuestiones raciales –la acción afirmativa, el transporte escolar, la integración residencial en los barrios y las preferencias raciales en la selección de personal y en los puestos gubernamentales- junto con una reacción adversa a los movimientos en contra de la guerra, la permisividad cultural y el delito creciente habían fracturado la coalición del Nuevo Trato.

Phillips argüía que los votos se estaban desplazando del bastión demócrata del nordeste a los estados del Sur y del Suroeste de los EE.UU.; con lo cual los estados de mayor crecimiento como California, Arizona, Texas y Florida cumplirían un papel fundamental en las elecciones futuras. Según Phillips, en este nuevo ciclo político estadounidense, los republicanos conservadores populistas reemplazarían a la afianzada elite democrática y progresista: “el gran alcance de la agitación política de 1968 se basaba en la oportunidad de los republicanos de crear una mayoría entre el cincuenta y siete por ciento del electorado estadounidense que votaba para expulsar a los demócratas del poder nacional” (Phillips, 1969: 461). Nixon había logrado el comienzo de un giro político hacia la derecha en 1968, debido a los modestos logros de los demócratas en Indochina, en la economía local, en la seguridad social y en el cumplimiento de las leyes. En las palabras de Jonathan Reider: “Millones de votantes liberados de su habitual lealtad al partido Demócrata eran ahora una fuerza volátil que deambulaba por el sistema electoral libres de toda obligación con cualquier partido” (Reider, 1989: 243).

Casi 50 años más tarde, como quedó en claro durante su discurso de aceptación de la nominación como candidato a la presidencia por el partido Republicano, Donald Trump decidió elegir la estrategia de Nixon:

Esta convención tiene lugar en un momento de crisis para nuestra nación. Los ataques a la policía y el terrorismo en las ciudades amenazan nuestra forma de vida...Los estadounidenses que están siguiendo este discurso esta noche han visto imágenes recientes de violencia en las calles y el caos en nuestras comunidades. Muchos han sido testigos de la violencia, otros han sido sus víctimas. Tengo un mensaje para todos: la criminalidad y la violencia que hoy aquejan a nuestra nación terminarán pronto-y quiero decir muy pronto.

Comenzando el 20 de enero de 2017, se recuperará la seguridad (Nichols, 2016).

Cuando Richard Nixon aceptó la nominación del Partido Republicano en 1968, lo hizo con un discurso similar:

Cuando miramos a los Estados Unidos, vemos ciudades envueltas en humo y llamas. Oímos sirenas en la noche...Vemos estadounidenses muriendo en tierras lejanas...Vemos estadounidenses que se odian, que se pelean, que se matan en su tierra...Cuando vemos y oímos estas cosas, millones de estadounidenses lloran angustiados. ¿Para esto tanto camino recorrido? ¿Los muchachos estadounidenses murieron en Normandía, Corea y Valley Forge para esto? (Wills, 1970)

Los temas de la campaña también se parecen: Trump habla del deber que tiene el gobierno de defender a sus ciudadanos; mientras Nixon reclamaba un nuevo liderazgo en un Estados Unidos plagado por “una anarquía sin precedente”. Nixon utilizó tácticas que polarizaron la opinión pública y apeló a los estadounidenses preocupados por el caos de la guerra, las protestas masivas y las tensiones raciales. Trump busca un camino similar explotando las ansiedades del país acerca de las tensiones raciales, los miedos al terrorismo y un clima de distanciamiento, especialmente de los trabajadores blancos. Sin embargo, Nixon hizo campaña en un país que era predominantemente blanco. Podría ser difícil para Trump recrear la candidatura de Nixon como un insurgente en un año en el cual 30 % de los votantes serán minorías raciales.

En 1968, Estados Unidos trataba de procesar la Guerra de Vietnam, la Ley del Voto, los asesinatos de Martin Luther King, Jr. y Robert Kennedy y los disturbios en las ciudades. La situación no parece ser tan explosiva en 2016, pero Trump se focaliza en las similitudes que sí existen: los asesinatos de policías en Texas y Luisiana; las crecientes manifestaciones de los seguidores de “*Black lives matter*”, las imágenes de violencia, producto del terrorismo, provenientes del exterior. Aunque en realidad los índices de criminalidad se han reducido a la mitad desde 1990, Trump afirma que se han disparado. En cuanto a la situación económica, el índice de pobreza bajó de 22.4 % en 1959 a 11.1 % en 1973. Sin embargo, desde los años setenta, los índices han fluctuado, pero han sido dos o tres veces más altos que en la mayoría de los países europeos. Según el censo de 2010,

más del 15% de los estadounidenses vive en la pobreza, y eso equivale a 46 millones de personas.

La periodista Joan Walsh afirma, en un artículo publicado en *The Nation*, que 2016 “es el año del votante blanco de clase trabajadora” (Walsh, 2016). Las privaciones y la desesperanza de los estadounidenses blancos sin educación universitaria parecen haber motorizado la campaña de Donald Trump al igual que la insurgencia del Senador Demócrata Bernie Sanders. Algunos progresistas están convencidos de que los esfuerzos del partido Demócrata por acercarse a la clase trabajadora blanca han sido pocos y tardíos. En *The New York Times*, Thomas Edsall sugiere que Trump ha tenido éxito en atraer a este segmento de la sociedad estadounidense con promesas de salvación económica porque el partido Demócrata se ha vuelto cada vez más dependiente de “la clase media alta blanca que se ha aislado del resto de la sociedad estadounidense” (Walsh: 2016). La clase trabajadora blanca se convirtió en el mejor objetivo para Trump en estados tales como Wisconsin, Pensilvania, Michigan y Ohio, especialmente cuando Hillary Clinton los ignora para consolidar “la coalición de Obama”: gente de color, la comunidad LGBTI y los blancos con título universitario.

Desde fines de la década de 1960, cuando Nixon le arrebató la presidencia a Hubert H. Humphrey, los demócratas paulatinamente abandonaron a la clase trabajadora blanca que había sido el pilar de la alianza del Nuevo Trato entre 1933 y 1969, para priorizar las tensiones étnicas y raciales, las cuestiones de género y orientación sexual y las causas medioambientales. Muchos se preguntan qué le sucedió al “partido de la gente”. La coalición de FDR dependía en gran medida de los trabajadores blancos sin educación universitaria y hasta las elecciones presidenciales de 1964 obtuvieron, en promedio, 55 % de ese voto. (Walsh, 2016). En su libro *The Populist Explosion* (2016), John Judis afirma que las candidaturas de Sanders y Trump, junto con las insurgencias de izquierda y de derecha en Europa, tienen sus raíces en los problemas económicos que enfrenta la clase trabajadora en la era de la globalización.

Regiones enteras en el medio oeste y el sur industrial han quedado relegadas en el siglo XXI y en consecuencia el pesimismo y el resentimiento crecen entre la población: las crecientes tasas de mortalidad debido a las adicciones y a las enfermedades mentales merecen ser tenidas en cuenta. Hillary Clinton y los demócratas podrían encontrar una

forma de revitalizar “la coalición de Obama” con lo que queda la antigua y mayormente blanca coalición del Nuevo Trato. Esto podría fortalecer a los demócratas progresistas –los denominados *liberals*. Sin embargo, si no logran atraer el voto de la mayoría blanca que sufre las consecuencias de las dislocaciones económicas de nuestro siglo, para el partido Demócrata, alcanzar la victoria será una tarea muy difícil.

### **Bibliografía**

- Boyle, K. “Little More than Ashes: The UAW and American Reform in the 1960s”, en Boyle (comp.), *Organized Labor and American Politics, 1984-1994. The Labor Liberal Alliance*. Albany: State University of Nueva York, 1998.
- Cauter, D. *The Year of the Barricades: A Journey Through 1968*. Nueva York: Harper and Row, 1988.
- Chester, L. et. al. *An American Melodrama: The Presidential Campaign of 1968*. Nueva York: Viking Press, 1969.
- Judis, J. *The Populist Explosion: How The Great Recession Transformed American And European Politics*. Columbia Global Reports, 2016.
- Nichols, J. “If Trump’s Speech Sounded Familiar, That’s Because Nixon Gave It First,” *The Nation*, 21 de julio de 2016. Web.
- Phillips, K. *The Emerging Republican Majority*. New Rochelle & Nueva York: Arlington House, 1969.
- Reider, J. “The Rise of the ‘Silent Majority’”, en Steve Fraser and Gary Gerstle (comps.), *The Rise and Fall of the New Deal Order*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1989.
- Walsh, J. “Can the Democrats Win Back the White Working-Class Voters? *The Nation*. 6 de septiembre de 2016. Web.
- Weschler, J. “The Scars of Chicago”, *The Progressive*. Noviembre de 1968.
- Wills, G. *Nixon Agonistes: the Crisis of the Self-Made Man*. Boston: Houghton Mifflin, 1970.